

# ANNAACONDA

cultura y arte

8

revista  
internacional  
bimestral



Carta del Editor 6

Jóvenes, cuerpos y violencia  
*Mauro Cerbino* 8

World Press Photo 20

El Grito  
*Raúl Pardo* 26

Arte y violencia  
*Carlos Rojas* 28

La violencia desde la óptica del artista  
*Irving Iván Zapater* 38

Las expresiones culturales en las  
pandillas:  
desafíos para cambios positivos  
*Nelsa Curbelo* 46

Del malestar en la cultura  
*Marlene Aguirre* 54

“La naranja mecánica”  
para girarla y gritar  
*Sandino Burbano* 62

¿Música violenta?  
*Claudio Durán* 68

Galería 76

El teatro de la muerte de Tadeusz Kantor  
*Patricio Vallejo Aristizábal* 78

William Burroughs en el Ecuador  
*Jorge Izquierdo* 84

Puchero Quiteño  
*Julio Pazos Barrera* 94

contenido



### Jóvenes, cuerpos y violencias

Con el cuerpo, las culturas juveniles abordan la ciudad, se hacen visibles y reconocibles bajo las múltiples formas de creación simbólica. El cuerpo es el elemento mediador y lugar de enunciación de una nueva práctica política, de un modo de ocupar y dar sentido al espacio público y de construir una ciudadanía cultural juvenil, sostenida, diferente, más allá de los derechos formales.

### Las expresiones culturales en las pandillas: desafíos para cambios positivos

En muchas sociedades del planeta se están viviendo procesos violentos protagonizados por jóvenes de ambos sexos, que se incorporan a grupos con códigos secretos, que se afincan en el medio urbano y cuyos miembros pertenecen a todos los estratos sociales, pero en especial a la población más empobrecida. Son los jóvenes de pandillas, de tribus, de maras, de naciones.



### William Burroughs en el Ecuador

La obra de Burroughs nos deja pocas opciones. A mí me atraparon las recurrentes imágenes del Ecuador. Cada vez que asomaban, me decía a mí mismo: él estuvo en Ecuador. Eran pistas. Cosas como: pueblos-ríos, buitres comiéndose cabezas de pescados, vientos fríos bajando desde el Chimborazo, vendedores gritando "A ver, Luckies", FAE adquiriendo paracaídas defectuosos.

### La violencia desde la óptica del artista

Si un artista recurre a la violencia como elemento de inspiración, como medio de mensaje estético, se sumerge en el reino de las sombras. Pero lo que le salva es que se convierte en portador de un mensaje admonitorio, pues, cuando la compasión se deja avasallar por la ambición, en la más perversa forma de violencia, convencidos debemos estar de haber vendido nuestra alma al diablo.



# ANACONDA

cultura y arte

## Editora / Directora

Macchori Ruales

## Arte y producción

Sharimiat Egúez (Producción general y administrativa)

Raúl Pardo (Director de arte)

Ikiam Egúez (Producción de arte)

Julia Carrillo H. (Diagramación)

Nicolás Almeida (Coordinación de edición)

## Colaboradores

Alberto Acosta-Pérez, Claudio Durán, Leo Gabriel, Andrea Sassi, Andrea Quintero, Carlos Nascimento, Héctor Díaz-Polanco, Chely Lima, Virgilio López Lemus, Julio Pazos, Carlos Rojas, Jorge Luis Serrano, Luis Bossano, Waldo Gonzáles, Patricio Vallejo Aristizábal.

## Colaboradores en esta edición

Mauro Cerbino, Nelsa Curbelo, Marlene Aguirre, Sandino Burbano, Jorge Izquierdo, Irving Iván Zapater, Danilo Vallejo, Donna DeCesare.

ANACONDA Cultura y Arte agradece a Librimundi, al Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador, y de manera especial a Lukas Zpira, Guillaume Ageron y Romieu Pierre-Gilles por su colaboración.

## ANACONDA Cultura y Arte

Jerónimo Carrión E9-35 (262) entre Plaza y Tamayo Edf.  
El Libertador, PB

Quito - Ecuador.

Teléfono: (593 2) 223 8160 / 255 4383

e-mail: [buzon@revistaanaconda.com](mailto:buzon@revistaanaconda.com)

Suscripciones: Ma. Augusta Ruales

*Impreso en Quito - Ecuador, en Ediccuatorial • Abril, 2007*

**MR**  
e d i t o r a

ANACONDA es una publicación bimestral de Macchori Ruales Editora. Los textos publicados son responsabilidad de sus autores y no comprometen a la revista ni a sus editores. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los textos, fotos e ilustraciones, por cualquier medio, sin autorización.



En el número anterior de ANACONDA, por un error involuntario, esta fotografía que pertenece al fotógrafo Pepe Avilés fue publicada con el nombre de otro autor, por lo cual pedimos disculpas.



# Jóvenes, cuerpos y violencias

*Mauro Cerbino*

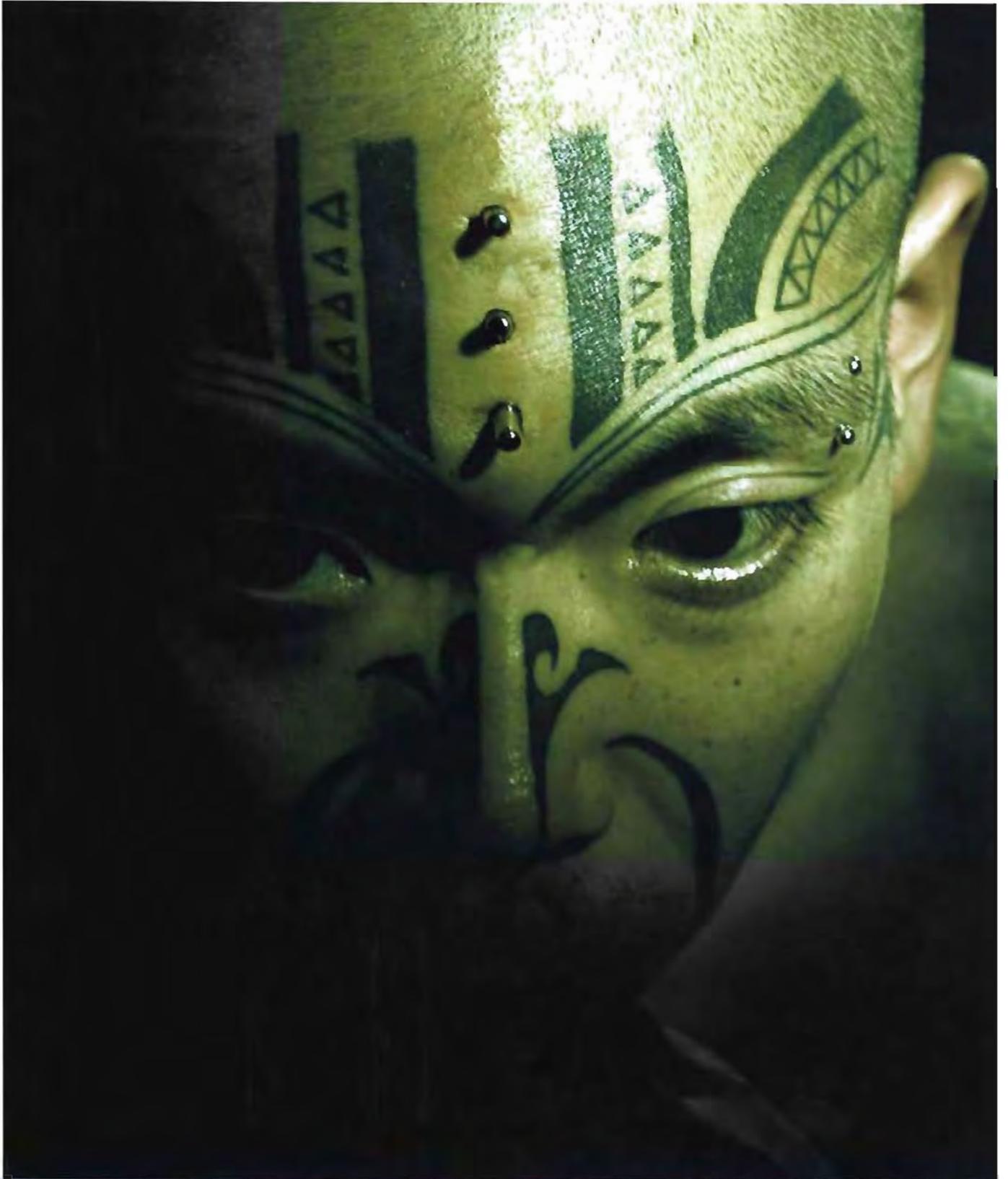
## *Introducción*

Existe un hábito de pensamiento que insiste en asociar determinados modos de representación corporal con la violencia. Ello es posible en la medida en que el cuerpo es considerado desde una perspectiva exclusivamente biológica o médica y no antropológica. La primera plantea que el cuerpo es una materialidad compuesta por órganos que responden a funciones previamente establecidas. La funcionalidad de cada órgano es su intrínseca razón de ser. De ahí que si decidiéramos asignar a un determinado órgano otra función distinta a la prevista, estaríamos violentando la razón de ser de ese órgano. El discurso biologista (así podríamos definir también a esa perspectiva) tiende por lo tanto a naturalizar el cuerpo humano y a concebirlo como una totalidad cuyas posibles mutaciones se inscribirían todas en la evolución de la especie. La perspectiva antropológica (o su discurso) plantea las cosas de modo muy distinto. Considera que el cuerpo es un "territorio" que puede ser intervenido para que produzca significados compartidos en una determinada cultura.

Nos es familiar la imagen de la tribu de los yanomami del Brasil, que se perfora la boca o el lóbulo de las orejas y sabemos que esta operación representa para ellos un signo de belleza. No existen culturas que no hayan realizado intervenciones en el cuerpo: en todos los casos está siempre presente el deseo de concebir al cuerpo como un medio de comunicación más allá de la funcionalidad de sus órganos. Las intervenciones que se realicen - en y del - cuerpo adquieren el valor de significados que permiten entender las formas como una colectividad concibe las relaciones sociales.

## *Biopolítica y jóvenes*

La metáfora del cuerpo, es decir su representación en cuanto al conjunto de significados que en él se inscriben, ha sido utilizada como un recurso con el cual se ha de nombrar a las características peculiares de un modo de vida social en un determinado momento histórico. Se piense en las figuras del cuerpo masculino y potente de la antigua Grecia, las del cuerpo castigado y sufriendo de los cristianos, o las del cuerpo asexuado



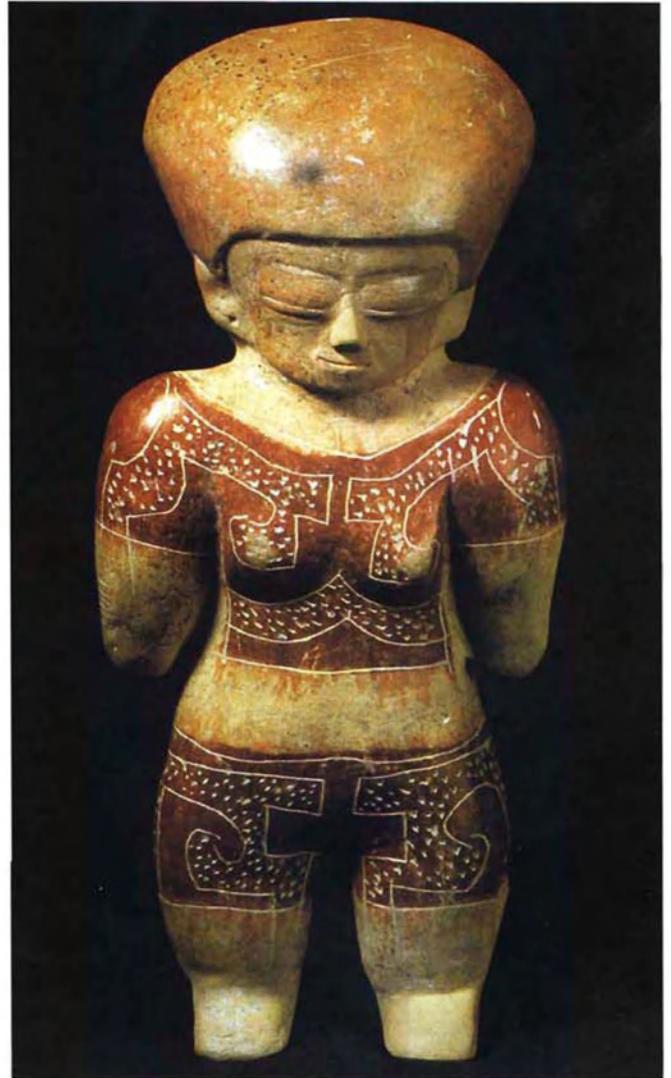


© Lukas Zpira, [www.body-art.net](http://www.body-art.net), [www.blowyourmind-productions.com](http://www.blowyourmind-productions.com)

o ambiguo de la publicidad o también en las del cuerpo “ausente” o virtual de la era de Internet. Es posible en este último donde se produce el mayor distanciamiento de la dimensión puramente biológica, si se piensa en la aparición de numerosas prótesis que en muchos casos reinventan los sentidos tradicionales ligados a los órganos. De todos modos, en esas representaciones del cuerpo se puede descifrar la marca de un proceso de *disciplinamiento* que ha hecho posible (y hace posible) el mantenimiento del orden social. A ese proceso Foucault lo llamó biopolítica. En buena medida la biopolítica (o la sexopolítica, otro término foucaultiano) ejerce su acción sostenida en un discurso médico que establece claramente las categorías dadas de antemano por medio de las cuales pensar el cuerpo. La acción biopolítica se expresa de modo particularmente claro en lo que tiene que ver con la sexualidad, cuando por ejemplo se plantea una clara diferenciación entre los cuerpos hétero y homosexual, dando paso además a producciones discursivas de corte moralizador.

Las construcciones ciudadanas de la vida social no pueden no tener

en cuenta estos condicionamientos. Sin embargo, en el caso de algunos colectivos juveniles -los que se dedican a la creación de expresiones culturales y simbólicas propias- es posible que su acción revele la dimensión política de una resistencia. Se trataría de una *politicidad* inscrita en la construcción de estilos de vida distintivos ubicados en la intensidad del vivir, en el presente, y en los espacios intersticiales de la vida institucional o en los flujos de sentido *líquidos* en medio de segmentos duros y certezas, de proyectos estables y convicciones maniqueas pertenecientes a la articulación de discursos provenientes del mundo adulto. He aquí la configuración de una ciudadanía que bebe de una doble fuente: la política y la cultura. De la una a la otra y viceversa. Las dos compartiendo como elemento común el hecho de ser ambas escenarios de lucha social, campos de conflictos e intereses antagónicos en los que lo que está en juego es la disputa por el sentido de las cosas. Las culturas juveniles han dotado a “la calle”, al concierto de música o al baile, de una función política que desborda los espacios formales y legítimamente constituidos por la práctica de la Política, aquella que se hace desde los círculos cerrados del poder. Al dotar a “la esquina” del barrio de representaciones múltiples como escuchar música o inventarla, discutir cuestiones públicas, compartir adrenalina al realizar algún rito colectivo o “simplemente” estar juntos, las agrupaciones juveniles que existen en los ámbitos locales transforman el territorio en un signo cultural y político que vuelve evidentes, sin la explicitación de la protesta, las exclusiones derivadas de un orden social que al globalizarse opera un vaciamiento de sentido en el espacio y se radicaliza en una vida individualista y solitaria. Frente a la exigencia de la biopolítica



*Figurilla bicroma, Museo del Banco Central del Ecuador*



Ronald Jones



actual de descolectivizar y desagregar para permitir el control sobre los cuerpos individualizados, los colectivos juveniles muestran un carácter subversivo en las manifestaciones agregativas con las que crean nuevos lenguajes. A través de los usos preformativos del cuerpo, los jóvenes producen un constante movimiento de respuesta a los intentos de control; impugnan los proyectos que pretenden convertirlos en "buenos cuerpos ciudadanos", y rechazan la inclusión basada en la forzada renuncia a la diferencia.

Con el cuerpo, las culturas juveniles habitan la ciudad, se hacen visibles y reconocibles bajo las múltiples formas de creación simbólica. El cuerpo es el elemento mediador y lugar de enunciación de una nueva práctica política, de un modo de ocupar y dar sentido al espacio público y de construir una ciudadanía cultural sostenida más allá de los derechos formales. El cuerpo juvenil, que no es el hedonista cuerpo de la parafernalia publicitaria sino la dimensión antropológica y subjetiva de un modo de vida, se convierte en una condición política de primer orden que juega a deconstruir los signos dominantes y a neutralizar los mecanismos de una exclusión que tiene en los jóvenes sus principales víctimas.

Veamos ahora más de cerca un modo particular de representación corporal y la relación que podemos

pensar con la violencia: nos referimos al tatuaje. Antes, sin embargo, es necesario aclarar que no se puede hablar de violencia en singular. La violencia se conjuga a través de muchos adjetivos, cada uno de ellos se refiere a condiciones cuyo desciframiento nos permite entender que las formas de las violencias son complejas y que se relacionan entre ellas mucho más de lo que nos imaginamos. Además, no hay que considerar a los actos de violencia bajo la simple óptica de la responsabilidad personal de quien los comete, es necesario ubicarlos en el círculo de la violencia. Este círculo tiene que ver con la tipología de la violencia propuesta por el sociólogo francés Philippe Bourgois, el cual diferencia entre *violencia política* (la que administran las autoridades oficiales o su oposición), *violencia estructural* (en términos de desigualdad de condiciones políticas y económicas), *violencia simbólica* (las humillaciones y la inferiorización sistemática) y finalmente la *violencia cotidiana* (la que se expresa en los entornos micro-interaccionales, de la familia o del barrio). Cada vez que hablamos de violencia deberíamos hacer el esfuerzo de ubicar el tema en el cruce posible de estas cuatro tipologías.

#### *Tatuajes y violencia*

El apareamiento de formas contemporáneas de escritura corporal como es la de los tatuajes (y su correlato



Ronald Jones



Ronald Jones

© Lukasz Zpieta, [www.body-art.net](http://www.body-art.net), [www.blowyourmind-productions.com](http://www.blowyourmind-productions.com)

© Guillaume Ageron, [www.body-art.net](http://www.body-art.net)

de perforaciones y otras modificaciones del cuerpo) ha sido concebido a partir de un discurso médico-psiquiátrico conectado con una perspectiva criminológica. Una de las imágenes más recurrentes de cuerpos tatuados es la que se asocia a los escenarios de las cárceles. De ahí que esos cuerpos hayan sido a menudo relacionados con sujetos delincuentes y violentos. En buena medida se debe a esa asociación y relación si el tatuaje ha sido y es objeto de estigma; porque si tenemos en cuenta que hay grupos sociales que tra-

dicionalmente ponen al tatuaje entre las operaciones culturales más relevantes de su vida social –es el caso por ejemplo de los Maori de Nueva Zelanda– podemos afirmar que el juicio que la opinión pública tiene sobre el tatuaje dependerá del lente con el que lo mira. Y ese lente está fuertemente condicionado por ese discurso que criminalizando a los sujetos portadores de tatuajes los condena de antemano como patológicos o peligrosos. Ahora bien, incluso si admitiéramos que la práctica del tatuaje se desarrolla principalmente



© Guillaume Ageron, [www.body-art.net](http://www.body-art.net)

dentro de los centros penitenciarios, debemos señalar que esa práctica, lejos de ser el simple reflejo de una conducta anómala o antisocial, es el signo visible de las condiciones de vida que se dan en la reclusión y también una reacción ante la mirada estigmatizadora del delito. En la cárcel, muchos presos hacen evidentes por medio del tatuaje las profundas injusticias que han vivido y las múltiples formas de violencias de las que han sido objeto. No exageramos al decir que en muchos tatuajes se pueden leer representados los sig-

nos de esas violencias, que de ese modo se hacen piel y carne, con huellas que están ahí para que la memoria pueda actualizarse en cada momento.

Si por un instante abandonamos el discurso que estigmatiza a los tatuajes y nos concentramos en el valor cultural que ellos representan y en las subjetividades que expresan, podremos analizar, aunque brevemente, otros aspectos que se relacionan con esta práctica. Lo haré en primer lugar relatando la experiencia de un

joven que decide de qué modo “ocultar” sus tatuajes una vez que decide vivir fuera de su contexto social de referencia. Y en segundo lugar (con un ejemplo muy diferente al primero) quiero establecer una hipótesis de lectura sobre la práctica de tatuarse de los grupos de *maras* (pandillas) de Centroamérica.

David es un joven de Martinica que por tradición tiene en su cuerpo varios tatuajes. En París, donde llega para estudiar artes plásticas, decide trabajar sobre sus tatuajes para un taller que tiene como tema “la piel”. En un primer momento, dándose cuenta de que sus raíces autóctonas de una isla antillana son atractivas a la mirada exotista de la mayoría de europeos, decide redibujar sobre un papel muy fino los principales motivos de los tatuajes tradicionales martiniqueses. Sin embargo, el grupo de taller le hace notar cuán simplista es ese enfoque, lo que genera una discusión que va revelando poco a poco una relación conflictiva: los tatuajes en su infancia son normales, son una práctica común de su etnia; en su adolescencia, cuando se separa de esta parte de su familia para migrar a una vida más urbana, estos tatuajes se vuelven un signo negativo que David empieza a ocultar. Esta reflexión sobre el sentido de sus tatuajes le permite primero aclarar que sus tatuajes no son una simple decoración, sino que tienen que ver con su contexto cultural de su proveniencia. Así que la propuesta para el taller empieza a transformarse. En lugar de redibujar los tatuajes, decide imprimir sobre el mismo fino papel —es una especie de cita y metáfora de la liminalidad de la piel— las fotografías que registran la acción performativa de simular el borramiento de sus tatuajes. En ellas, David hace el gesto de borrarlos cuando en realidad los está mostrando, los está sacando a la luz aunque de un modo diferente. Se trata de una operación interesante la de David, porque da cuenta del

grado de reflexión que ha podido producir en torno a la utilización de tatuajes más allá de anclar su significado en el horizonte cultural en el que se inscriben. En él (al contrario de otros casos que señalaremos a continuación), el modo simbólico con el que simula el borramiento de los tatuajes nos dice de la capacidad



de ponerlos entre paréntesis, de transformarlos, en un contexto nuevo de existencia como es el que David vive en una ciudad como París. De todos modos la experiencia de David nos permite vislumbrar -más allá de la visión según la cual el carácter permanente de los tatuajes determinaría su naturaleza inmutable- cómo





© Human Game, Romica Piccer-Gilles, [www.hugy-art.net](http://www.hugy-art.net)

esas huellas en el cuerpo hacen posible reactualizar el sentido de la vida en cada momento.

Por otro lado, el ejemplo de la práctica de tatuarse presente entre los *mareros* de la *mara salvatrucha* y la de *barrio18*, organizaciones juveniles de pandillerismo presentes en los países centroamericanos, nos da la posibilidad de señalar un aspecto muy diferente en la utilización de los tatuajes. Estos jóvenes acostumbran tatuarse todo el cuerpo, incluyendo el rostro. Es probable que esta costumbre se haya transformado debido a las sucesivas medidas represivas tomadas por las autoridades de gobierno de esos países para enfrentar el problema de las maras. “Mano dura” y “Súper mano dura” son los nombres que han recibido esas medidas que, entre otras cosas, han significado criminalizar a los tatuajes volviéndolos ilegales. Si dos o más jóvenes, con evidentes tatuajes, transitan por las calles de las ciudades de esos países, pueden ser apresados con “justa” razón gracias a esas medidas. De ahí que (o incluso antes) los proyectos existentes llevados a cabo por las ONG o instancias vinculadas a las distintas iglesias con el objetivo de reinsertar a los jóvenes mareros a la “sociedad normal”, hayan tenido entre sus acciones el borramiento de los tatuajes. Este se lo ha realizado con diferentes técnicas, que van desde las más primitivas -con el empleo de ácidos que corroen la piel- hasta la utilización del láser. José, un joven hondureño hoy “reinsertado” me muestra las huellas de ese borramiento y me dice que muchas veces ha tenido que mostrarlas cuando se ha presentado para pedir algún empleo. Me las muestra sin ocultar el hecho de que siente vergüenza. Está claro que el borramiento funciona como un potente signo de disciplinamiento,

de modo que si el tatuaje representaba el estigma, su borramiento representa la infamia. Y aquí podemos observar una doble violencia, la primera que como hemos dicho se inscribe en el tatuaje como síntoma de todo lo que no anda en la sociedad, de todas las formas de injusticia. Y la segunda (más intensa sin duda alguna) de la humillación de la que son objeto los jóvenes que deben mostrar su "redención" por medio del borramiento de los tatuajes. Como se puede imaginar, ese borramiento no es posible, ni materialmente -porque la marca que deja ahí estará para siempre- ni simbólicamente (lo que es más grave) porque los jóvenes llevan esa marca bajo el enorme peso de la vergüenza. Es necesario además señalar la profunda diferencia que existe entre las dos operaciones, la de tatuarse y la del borramiento. En el primer caso se puede afirmar que es posible la transformación del estigma en emblema, cuando el sujeto que expone las huellas de sus creaciones las devuelve a la sociedad de los otros (de los "normales"), como si se tratara de hacer posible que la mirada de éstos se vea ahí reflejada. En el otro caso, lo que está en juego es el intento de aniquilar al sujeto, de quebrar toda posibilidad de representación de su vida, dejándolo en la infamia y en el *sujetamiento*.

Salta a la vista que la diferencia que hay entre la subjetividad de David y la de José depende del modo cómo el cuerpo es concebido y puesto al interior de lo que se ha denominado el círculo de la violencia. Ello nos obliga a rever profundamente nuestras convicciones y reflexionar sobre cuán complejo es poder establecer claramente la distinción entre victimarios y víctimas de la violencia. A menudo, ambas condiciones están presentes en el mismo sujeto. ➤



Ronald Jones